

Un año difícil

EN esta etapa compleja de nuestra andadura histórica puede parecer típico el hablar de años difíciles. Naturalmente, el porvenir seguirá siendo un desbroce de senda apenas explorada y, por ello mismo, inevitablemente cuajada de dificultades y de sorpresas que harán preciso raudales de arrojo y de grandeza de ánimo para salir adelante, para superar las trampas, las procelas y las escabrosidades del camino.

Sin embargo, y pese a esta evidencia, creemos que la dificultad de este año apenas comenzado, es objetivamente real, de modo que no existe tópico en el aserto. Basta la sola enumeración de los hitos y de los acontecimientos que nos aguardan en los doce meses venideros para estremecer de inquietud al más impávido, sobre todo si a cuanto está previsto se añade lo que debe evitarse que suceda, lo que también nos puede acontecer a pesar de las cautelas y lo que de ningún modo hay que permitir que ocurra.

El calendario es este: la primera tensión política se desencadenará en cuanto se convoque el juicio a los procesados por el sumario del 23-F; hay que contar, sin duda, con la presencia activa de una extrema derecha beligerante que pondrá todo de su parte para entorpecer el proceso, hasta donde se lo permita la firmeza del poder legítimo. Acto seguido, en mayo, se celebrarán las elecciones regionales andaluzas, trascendentes porque serán la antesala inmediata de las generales, si es que éstas y aquéllas no se «solapan», tal y como desea la mayor parte de los miembros del comité ejecutivo del partido gubernamental.

Pocas semanas después, el Campeonato Mundial de Fútbol ensanchará sus límites desde el terreno puramente deportivo hasta el de la política exterior: España será literalmente un escaparate ante el mundo y ante sus visitantes oficiales, y no es descabellado suponer que alguna minoría extrema pueda aprovechar la oportunidad en favor de su causa mediante alguna estridencia.

La enumeración es aún más larga: a pesar del desmentido, sigue especulándose con la probabilidad de la convocatoria de unas elecciones, después del Mundial. Y, por último, en el capítulo de los grandes sucesos, parece probable que S. S. el Papa visite España, hecho que, de producirse, no podría desligarse de la oportunidad electoral ni de la suerte de las diversas candidaturas en liza.

NI que decir tiene que tales hechos no están aislados sino que se entreveran y engarzan entre sí y con otros que cabe clasificar en las categorías de la normalidad rutinaria o de consecuencias previsibles. Así, es obvio que no puede ignorarse que todas estas cosas habrán de hacerse con un poder ejecutivo en apuros, sin el necesario soporte parlamentario; ni que ciertos proyectos de ley a la espera de trámite en el legislativo —la Ley de Autonomía Universitaria y, sobre todo, la LOAPA— pueden trastabillar el precario equilibrio existente entre las diversas fuerzas; ni que la situación económica, nada boyante todavía pese a la mejora de las expectativas, repercutirá sobre lo político; ni que el terrorismo, bien que duramente castigado hasta verse reducido a la práctica inactividad en los últimos meses, no ha muerto todavía, por lo que cabe algún zarpazo demoledor en cualquier momento.

Si tras exponer todo este cúmulo de datos se afirma que 1982 va a ser un año difícil, determinante de nuestro porvenir político y clave de la consolidación democrática, no parece que quepa imputar alguna exageración a tal criterio. Máxime si se da el caso de que todas estas vicisitudes configuren, en su conjunto, la última oportunidad de quienes se oponen al régimen y están dispuestos a imponer por cualquier medio su propia intransigencia. En concreto, bien puede decirse que o se da el golpe de Estado desde este momento y hasta las elecciones generales o no se da nunca. Y de ahí las cautelas que todos debemos adoptar para prevenir el brote de un nuevo delirio como el que heló muchos corazones aquella interminable noche del 23 al 24 de febrero.

ES, pues, necesario acopiar la decisión y el coraje suficientes para remontar esa pendiente que nos aguarda y que bien puede ser el preámbulo obligado de una madurez y de una irreversibilidad que ya empiezan a vislumbrarse a medida que asienta el sistema y que arraigan los valores de la libertad.

La clase política, en primer lugar, y todo el cuerpo social tras ella, deben percatarse profundamente de la delicadeza de los trámites que nos aguardan en los próximos doce meses de prueba y acechanzas de todas clases. La propia supervivencia exige que se dejen al margen las puerilidades, los intereses secundarios y parciales, la pequeña política de lo intrascendente, para centrar el esfuerzo colectivo en la empresa principal de sacar adelante la democracia, de celebrar en libertad unas elecciones en las que no sea el miedo el conductor de las voluntades, de consumir el edificio de la convivencia a pesar de la insidia de quienes no quisieran verlo nunca concluido.

Nosotros, haciendo uso de la facultad que nos conceden nuestra propia historia y nuestra independencia, contribuiremos con todas nuestras fuerzas a abrir vías y a tender puentes hacia ese futuro del que nos separa un bosque de erizados obstáculos, y cuya superación exige, como primera providencia, el exacto conocimiento del tamaño de la dificultad y la voluntad de superarla también con los medios que cabe esperar de una sociedad experimentada y adulta: la renovación prudente, el sosiego del ánimo, la perseverancia, el sentido de responsabilidad y el interés, no por las conveniencias secretas, sino por los bienes comunes. Quizá sea demasiado pedir...

Y resulta que un editor amigo mío me pide, ahora, que le prologue unos textos de Jean-Jacques Rousseau. De momento, claro está, no he sabido contestarle ni sí ni no. Metido en el oficio de «escribir», uno acaba escribiendo las cosas más imprevistas «por pane lucrando». De todos modos, me queda tan lejos, Rousseau! Le lei, con curiosidad, y hasta con una sañuda curiosidad, en mis años de joven, pero no le incorporé a mis preferencias. Me pareció, ya entonces, la suya, una literatura turbia, capciosa, torvamente patética. He vuelto sobre sus páginas más de una vez, y mi impresión no ha variado. Peor todavía: a medida que fui ordenando mis ideas —es una manera de decir: ordenar ideas— el Rousseau-esquema se me iba situando en las antipodas de lo que, por mi parte, conseguía articular como «sistema» propio. Me inclinaba, y sigo haciéndolo, por Voltaire, y valga el contraste simbólico. Históricamente, Rousseau venció, más o menos, a Voltaire: herencia rousseauiana fue el romanticismo inicial, y todos los romanticismos sucesivos, que no han sido escasos, con la ecología popular, el tercermundismo, la democracia...

No a Voltaire sino a Diderot van los elogios y las referencias de Marx y Engels: suponiéndoles a todos «iluministas» o «ilustrados», el llamado «socialismo científico» hubo de sentirse más cercano a los «racionalistas» del XVIII, por muy antidemocratas que fuesen —como Voltaire—, que a un Rousseau ambiguo y confusionario. Cuando alguien intenta diseñar la genealogía de las doctrinas filosófico-políticas de los últimos dos siglos, la polarización Voltaire-Rousseau se impone. Y sea como sea, de Rousseau descienden Nietzsche, el fascismo, los existencialistas, lo confiesen o no. Durante cincuenta años, por lo menos, y es un ejemplo, la megafonía española ha repetido insistentemente una frase de José A. Primo que empezaba (más o menos): «Hubo un hombre nefasto llamado J. J. Rousseau...» Pero esto no pasaba de ser una ingenuidad. Simultáneamente, los curas del país continuaban profiriendo anatemas contra Voltaire, nefasto y además nefando. Todo eso, en definitiva, es historia local, de campanario. Rousseau y Voltaire venían amalgamados en una ira pintoresca y analfabeta. La sugería el miedo a la «revolución».

Lejano J-J

Rousseau, de repente

SE trataba de otra revolución «pendiente»: la burguesa, aún por empezar. Siempre dije, y lo repito, que, aquí, al sur de los Pirineos, todavía nadie ha conseguido «tomar la Bastilla». Los franceses, después de los estragos de la guillotina, les echaron la culpa conjuntamente.

C'est la faute à Voltaire,
c'est la faute à Rousseau.

decía una copla de la época. Y era de veras. De entrada, sólo se trataba de introducir un leve «liberalismo», y, aunque en planos diferentes, Voltaire y Rousseau estaban de acuerdo. La paradoja empieza enseguida: Voltaire y sus sectas racionalistas, perfectamente «burguesas», desembocan en Marx; Rousseau y su romanticismo desembocan, a la vez, en la democracia y en el fascismo. Yo lo veo así. Explicarlo con detalle me llevaría más espacio y más tiempo de los que dispongo. Lukács, en definitiva, examinó duramente el asunto en un libro importante: una especie de historia del «irracionalismo» moderno, cuyo título exacto soy incapaz de recordar ahora. Pero la vida da muchas vueltas. ¿Y cómo olvidar a Garaudy, perro rabioso del estalinismo, que ha terminado místico cristianoide, rousseauiano? Son cosas que ocurren. Althusser, en su manicomio y después de haber asesinado a su esposa, todavía podría firmar el consabido «manifiesto» contra la crisis polaca.

EL «irracionalismo», desde la filosofía a las discotecas, proviene del abuelo Rousseau. Bueno: tiene orígenes más remotos, pero Rousseau constituye la mención inmediata. Y tiene su «razón» de ser, aunque no sea «razonable». La verdad es que el «racionalismo» a la «escolástica». Santo Tomás era, dog-

mas aparte, un racionalista total, y lo fueron sus continuadores fraulinos. Lo mismo ha ocurrido con Marx. Pero menos con Rousseau, que, a su aire, también «razonaba». No se puede ser «irracionalista» absoluto: para explicar que hay que serlo, lo han de razonar. De ahí los papeles diáfamanamente cartesianos en que los surrealistas se «manifestaban» contra una «racionalidad» asfixiante. Quizás la «escolástica» rousseauiana, en sus últimas consecuencias, fueran los papeles teóricos de André Bretón, los grafitos del mayo del 68, el divertido Marcuse, y Adorno, y Reich, y «tutti quanti»: es decir, una campaña «racionalizante» contra el «racionalismo», invocando los derechos de una «irracionalidad» que nadie discute, al fin y al cabo. Y Freud: no descartemos a Freud. Ni a Kafka, ni a los demás judíos... Sólo ha habido un judío medianamente racionalista: Spinoza.

¿Qué hacer con Rousseau, a estas alturas? Es un escritor indigesto. Paciencia: también lo son Platón, Joyce, santo Tomás, Proust, Tolstói, Hegel, y etcétera. Pero la cosa se complica, históricamente hablando, con las derivaciones. En francés, de Rousseau pasamos a Chateaubriand, a Victor Hugo, a Léon Bloy —que blasfemaba contra Rousseau, desde luego—, a Paul Claudel y Paul Eluard, al mismísimo Sartre, el bien se mira. Insisto, también Nietzsche, padre de anarcos y de nazis. Una clara ideología rural, herbolaria, como la que promovió Pétain, como la de los «retornos a la tierra», ¿no fueron reacciones rousseauianas contra el «capitalismo» y contra el «comunismo»? Por supuesto, don Juan-Jaime —como le traducían al español— es un mero episodio antiindustrial, o preindustrial, con una cierta ganga paleolítica, y decorosamente ubicado en medio de una «sociedad ilustrada» —una oligarquía—, que aún colea con sus insidias, muy justificadas a veces. Rousseau se habría alarmado ante el porro, si se le permitiera una referencia grotesca. Hoy, antes que cualquier otra cosa, Rousseau es un porro intelectual y erudito. Pero ilegible.

No, no: me parece que no escribiré ese prólogo. O sí: estas cosas se han de explicar. No son «filosofía pura» —nunca hubo una filosofía que no fuese impudicamente impura—; son otra cosa. No sé qué, pero otra cosa.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

«Geografía de Catalunya»

Señor Director:

Los miembros del Consejo de Redacción de la «Geografía de Catalunya», publicada por Editorial Aedos (Barcelona, 3 vols. 1958-1968), se ven obligados a informar a los lectores de «La Vanguardia» que no tienen nada que ver con un titulado cuarto volumen de esta obra, recientemente aparecido y que presenta como fecha de primera edición el año 1982. Hacemos constar que este pretendido cuarto volumen ni por su orientación ni por su contenido puede constituir un todo orgánico con los tres anteriores y que la responsabilidad de su redacción y publicación, en todos los órdenes, recae exclusivamente sobre la empresa editorial. Esta última, en la preparación y edición del citado cuarto volumen, no ha contado, en aspecto alguno, con el Consejo de Redacción de la mencionada «Geografía de Catalunya».

Lluís SOLE i SABARIS
Josep IGLESIES
Salvador LLOBET
Joan VILA i VALENTI

Ordenanzas fiscales

Señor Director:

La atención que ha tenido el señor Antoni Comas de citarme en un artículo publicado en este periódico el pasado jueves, merece acuse de recibo, bien que breve, para agradecerle que, formas y apariencias aparte, reconozca expresamente que las propuestas de ordenanzas fiscales del Ayuntamiento de Barcelona de los años 1980 y 1981 fueron efectuadas, respectivamente, por su antecesor y por él mismo, y que «se aprobaron por unanimidad de todo el Consistorio».

Da la casualidad, señor Director, que tales ordenanzas fiscales representaron los mayores incrementos de presión tributaria de los últimos quinquenios en Barcelona, especialmente en el arbitrio de radicación, sin que se apreciaran mejoras en los servicios públicos municipales, antes al contrario. De ahí que en el artículo mío que el señor Comas menciona señalase incoherencia de comportamiento, al efectuar, ahora, reiteradas declaraciones que, en mi opinión, debieron, en todo caso, realizarse entonces. Es por ello por lo que he de reiterarme en todo lo que escribí en dicho ar-

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección.

tículo, sin que esto y todo cuanto vengo escribiendo en la sección tributaria, desde hace diecisiete años, tenga relación alguna con el hecho que el señor Comas cita, no sé a cuento de qué, acerca de las elecciones municipales de 1979, en que encabezé la lista de Coalición Democrática.

¿Qué tendrá que ver una cosa con otra!

Magín PONS MESTRES

Otro proyecto tributario

Señor Director:

Por el ministro de Hacienda, seguramente a instancia de los entes autonómicos, ha sido presentado un Proyecto de Ley, para ser debatido en el Congreso, que se refiere a la autorización de recargos por dichos organismos, en los tributos del Estado de Renta, Patrimonio, Lujo, Sucesiones y Transmisiones patrimoniales; sin perjuicio de la transferencia de tales tributos.

¿Qué quiere decir esto?

Se nos había asegurado repetidas veces que la autonomía no iba a ser causa de pagar más por el hecho de tenerla.

Cada día comprobamos que aquélla fue una promesa difícil de cumplir.

¿Estáramos, de aprobarse esta Ley, ante la circunstancia posible de que se nos recargue por ser autonómicos?

Alguien debería aclararlo. José GALLEGÓ

Trabajar a la tercera edad

Señor Director:

He leído con placer el artículo que la «La Vanguardia» ha publicado el 24 de los corrientes informando que en los Estados Unidos de Norteamérica, la gente, al llegar a los 65 años, en buen estado de salud, gracias a las mejores condiciones sanitarias que existen, se opone a que le pongan la etiqueta de «chatarra» y los envíen al retiro. Incluso el Estado allí ha comprendido la situación y ha creado una ley que permite a quien quiera, trabajar hasta los 70.

Así, Estados Unidos se mantendrá en punta económicamente frente a Europa con su sistema socializante. Los gastos del Estado serán menores para jubilaciones, pues la gente trabajará más años. Con ello los impuestos y pagos a la Seguridad Social pueden ser menores y, como resultado, el producto USA será más barato, más competitivo, tendrá más venta y allí habrá menos paro.

Todo lo contrario del camino que en Europa (de la que España es parte) nos lleva a la amargura, pues el exceso de seguros sociales, impuestos y demás, encarece el producto europeo, que cada vez se vende menos, por no poder competir en precio —y en algún caso en calidad— con lo que se fabrica en otros países con menor carga por Seguridad Social; y así, en Europa aumenta el paro.

Europa ya no tiene los mercados reservados de sus colonias; para vender hay que ser competitivo, y el que no vende no tiene trabajo. Hay, pues, que vigilar que no aumenten los gastos para mantener la competitividad, que es la base para asegurar el trabajo y evitar el paro. «Un amb seny»

Olvido de la línea Hospitalet-Puigcerdà

Señor Director:

«La Vanguardia» del 2 de diciembre de 1981 publicaba la carta del Gabinete de Información y Relaciones Externas, Delegación 5.ª Zona de RENFE, atendiendo una petición de una usuaria por exceso de pasajeros y decidiendo reforzar con una unidad más el tren 3068 de la línea Sant Celoni-Vilanova los días festivos.

Al parecer, RENFE dedica mucha atención a esta línea y dispone en ellas de muchas unidades, pues el día 23 de noviembre tomé en Barcelona-Término, a las 13.05, el semidirecto 2011 hasta Gerona y el convoy, que era un largo tren de muchos vagones, iba casi totalmente vacío, con 4 o 5 personas en cada vagón.

En cambio, parece que RENFE tiene olvidada la línea Hospitalet-Puigcerdà-La Tour de Carol.

Pues cada viernes tomo yo el semidirecto de las 13.58 en Barcelona-Cataluña, que lleva pocas unidades, y a veces viene ya tan lleno que no podemos sentarnos y cuando llegamos a la estación de Vic se corta el tren por la mitad y se nos hace pasar de los últimos vagones a los primeros, con lo cual seguimos el viaje más abarrotados y también de pie.

Y cuando, de regreso el domingo tomamos el tren, también semidirecto, de las 17.57 en Sant Quirico-Montesquiu, viene ya tan lleno desde Puigcerdà, Ribas y Ripoll, que los excursionistas, con sus mochilas y guitarras llenas, sentados o tumbados por el suelo, no sólo las plataformas de los vagones sino también los pasillos entre los asientos, y hay tanta congestión de personal que no se pueden cerrar las puertas interiores y se abren ventanas de los vagones. Un joven se indignó y no podía llegar al WC.

Creo que sería un buen servicio y una gran mejora que la RENFE destinara una unidad más para esos trenes de la línea de Vic. Los usuarios se lo agradeceríamos.

José María BORDAS

Democracia, sí; pero occidental

Señor Director:

En las repúblicas socialistas del Este de Europa, no existen los partidos políticos, no hay elecciones libres, ni sindicatos libres, ni libertad de prensa ni otras libertades largas de enumerar. Se puede afirmar que no hay democracia en dichos países, tal como se entiende la democracia en los demás países de Europa. Por lo tanto, cuando los comunistas señores Carrillo y Camacho desfilan con sus banderas y pancartas rojas defendiendo la democracia, o bien se están engañando a sí mismos, o bien intentan confundir a los demás.

Parecería más lógico que defendieran la dictadura del proletariado, aunque en Polonia, al parecer, el Gobierno y el Ejército comunista han aplastado la libertad y el poder que solicitaba, precisamente, el proletariado. Todo ello es muy confuso y también habría que aclarar qué entiende por democracia el ala radical del PSOE; así los demócratas sabríamos a qué atenernos.

P. RICART